



MSX 2 MSX 2+ 2DD VRAM128K 3.5'2DD X5

GLORIA

●MSXマークは株式会社アスキーの登録商標です。



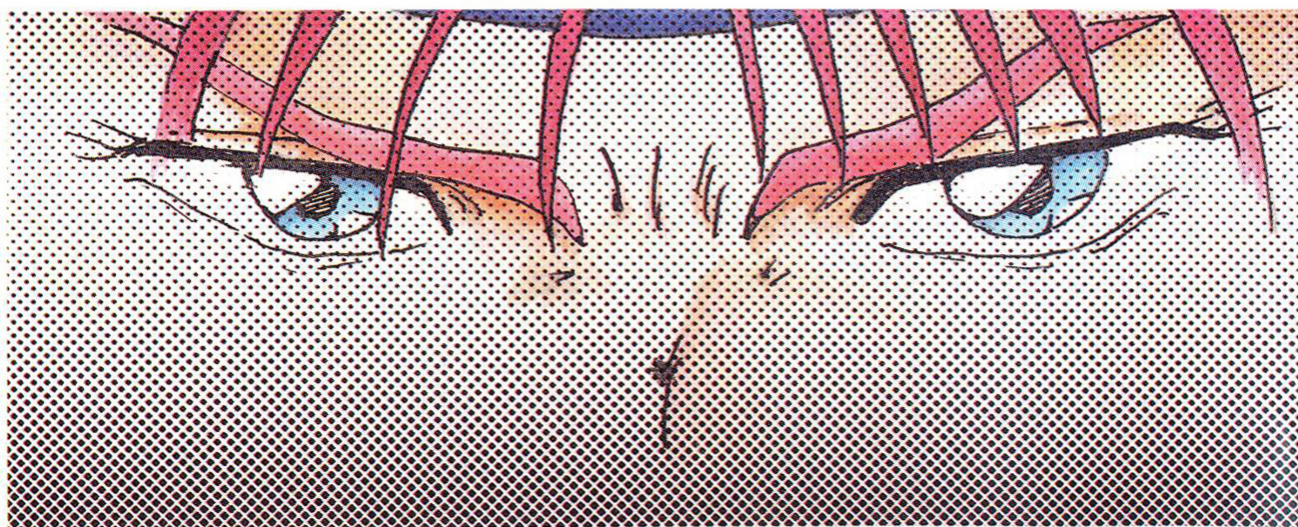
# Prólogo

El sol se oculta lentamente en el horizonte al tiempo que una isla se funde con la oscuridad. Las flameantes velas del interior de una vieja casa de piedra proyectan en la pared una gran silueta acompañada de dos pequeñas sombras.

La mayor de ellas pertenece al dragón blanco, el más anciano de la isla. Las profundas arrugas de su rostro, sus atrofiadas alas y sus apagados ojos evidencian su longevidad. Una de las siluetas más pequeñas contrasta con la del viejo dragón blanco. Es la de Atrushan, un joven dragón azul nacido hace ocho años. La otra sombra es de Tamryn, la única niña humana de la isla.

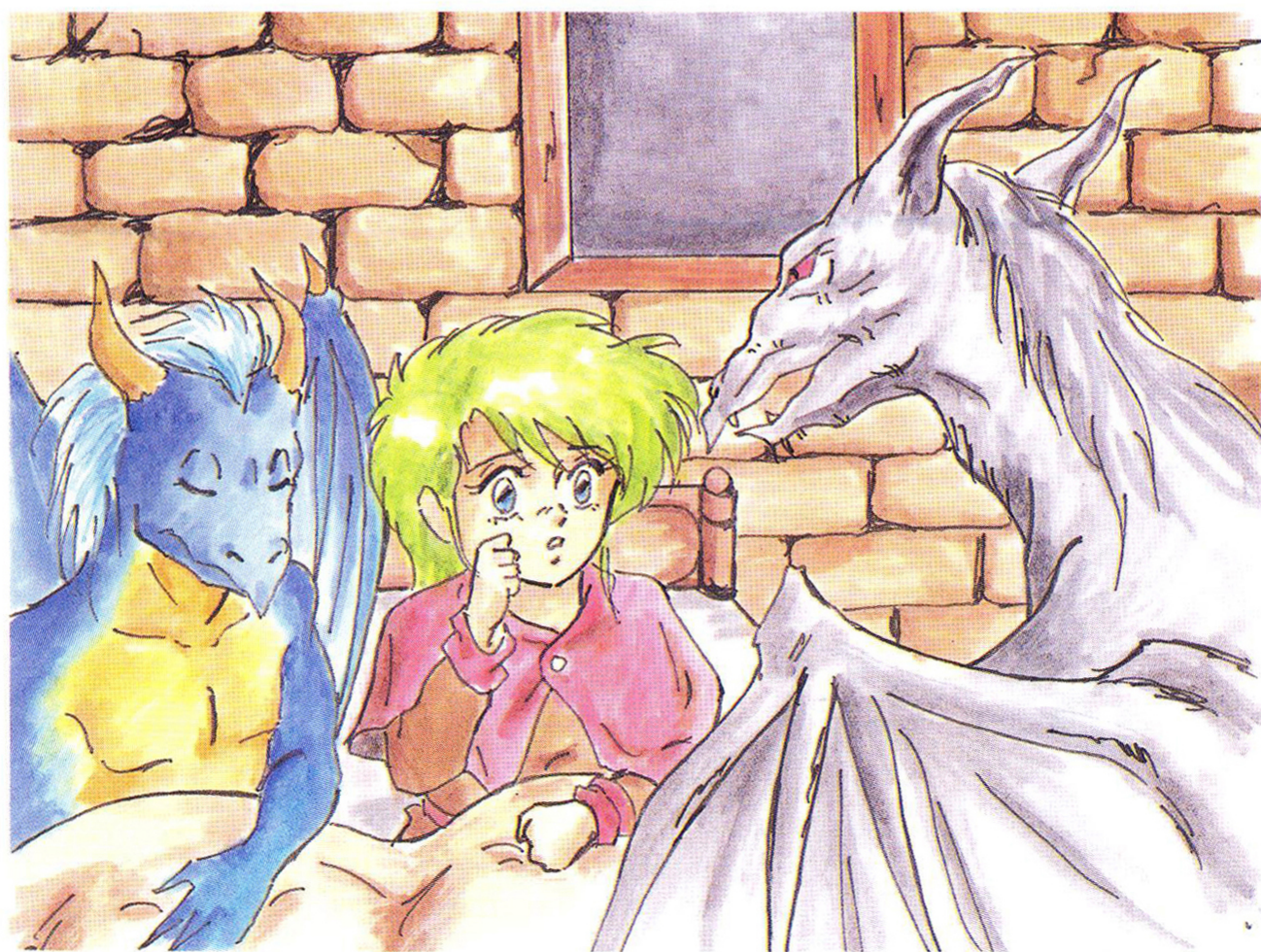
Cercada por una barrera dimensional, esta tierra, a la que los propios dragones llamaron Draguria, estuvo habitada originariamente por aves y otros pequeños animales. Hacía 1500 años que los dragones habían emigrado a esta región, huyendo de un terrible maleficio. Una noche, al acabar de contar el viejo dragón uno de sus rutinarios cuentos, la niña le pidió que le hablara sobre su llegada a la isla. El anciano alzó la vista y, tras un momento de silencio, comenzó a narrar lentamente su historia.

—Fue todo hace tres veranos. A la mañana siguiente de una noche de tormenta, una embarcación naufragada apareció encallada en la playa. Cualquier dragón viejo y decrepito como yo





habría percibido ese aroma a tierra natal que aquella nave desprendía... esa añorada gran tierra fértil... Pero... ¿cómo pudo terminar aquí ese barco, en este mundo paralelo? Es algo que todavía no me explico... Tú eras la única superviviente del naufragio. Te encontramos tendida en el suelo, dentro de la cabina, protegida por el equipaje. Como sabes, aquí no abundan los niños. Mira a tu lado... ya se ha quedado dormido... Atrushan es la única criatura con la que hemos sido bendecidos en cien años. Por ello creímos conveniente que crecieras junto a él. Tras esas palabras, el viejo dragón enmudeció, como si estuviera en trance, evocando en su interior todo su pasado... Su tierra natal... esa hermosa creación de las cuatro estaciones, la mejor de muchos mundos, esa cálida y suave luz de la gracia del cielo, el lugar sagrado más cercano al cielo... Eterna utopía donde brotan las flores y bailan las hadas... Ishban.





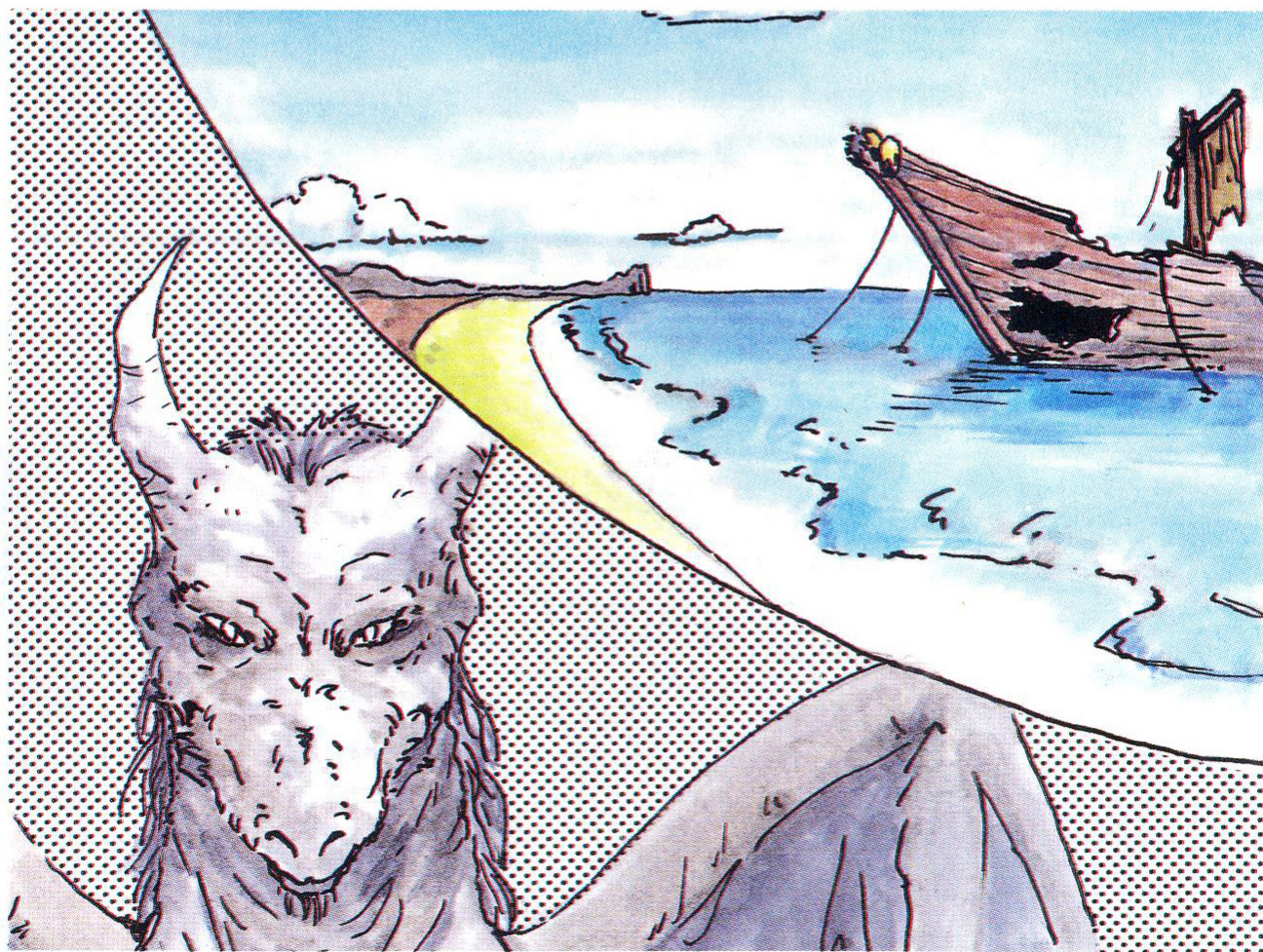
Cuando el viejo dragón blanco despertó de su letargo y volvió a la realidad, los dos chiquillos estaban acurrucados, durmiendo. Los miró con ternura y los arropó con la manta.

—Tamryn, cuando estés preparada para vivir por tu cuenta, tendrás que tomar una difícil decisión. El mundo en el que naciste, Ishban, es un mundo muy feliz.

Su rostro ensombreció por un momento.

—Ahora los humanos ocupan la cúspide del reino animal y viven con júbilo. Estoy seguro de que es el mejor lugar en el que puedes vivir.

Hacia 1500 años que una horrible maldición se había desatado en Ishban, ensañándose solo con los dragones, hasta dejarlos sin aliento, secarles la sangre y fracturarles los huesos. Muchos dragones perecieron y los pocos supervivientes no tuvieron más remedio que emigrar a este mundo paralelo sin saber que aquella maldición no era más que el preludio de una horripilante etapa.





Nueve años más tarde, tras una dolorosa separación, Tamryn regresó a Ishban, su lugar de origen, asiendo firmemente el cuerno que Atrushan se había arrancado y le había entregado como ofrenda.

Aunque de pequeña había vivido en Ishban, no recordaba absolutamente nada. Sin embargo, quiso buscar, por muy pequeña que fuera, la felicidad como ser humano en aquella tierra que los dragones calificaban de sagrada. Pero ese pensamiento se desvaneció cuando descubrió la cruda realidad que rodeaba a los humanos.

—¿Esto es... Ishban? ¿La tierra sagrada...?

A los pies de Tamryn yacían por doquier cadáveres no solo de soldados, sino también de muchas otras criaturas desconocidas.

Hacía quince años que una batalla se libraba entre un ejército demoníaco que había irrumpido en la tierra sagrada y el ejército de Ervad, el único reino de Ishban, que poco a poco iba debilitándose.

Tamryn, que había crecido en un mundo pacífico, sólo podía observar desconcertada cómo la gente trataba de huir.

—¿Te has enterado? El castillo de Draugawān está en peligro.

—¡Tonterías! Es la mayor fortaleza de Ervad, y hasta hoy ha podido contener al ejército de los demonios.

—Una brigada de monstruos realmente fuertes parece estar avanzando. Diría que Ost...

Otro militar que estaba escuchando al lado interrumpió.

—¡Sí, es Ostracón el que la dirige. Menuda vergüenza humana!

En ese momento, un soldado herido de flecha en el brazo se les abalanzó desgañitándose.

—¡El castillo de Draugawān ha caído! Los demonios se han dividido en dos grupos. Uno va a atacar el fuerte de Arpas... Y el otro...

Los soldados lograron sostenerle del brazo justo antes de que se desplomara.

—El otro viene de camino a... Mitra Mifur...

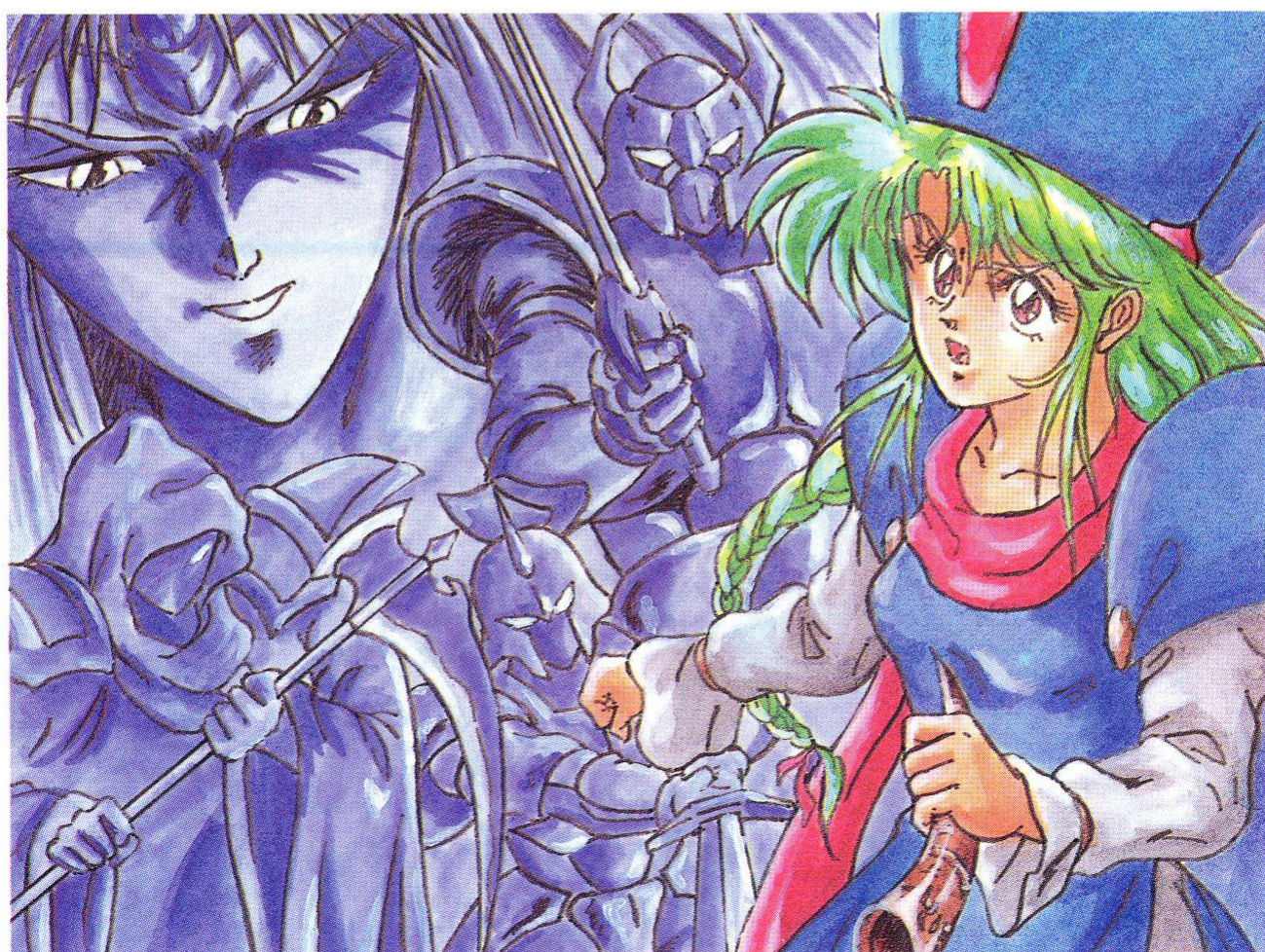
Y la tensión asomó en los rostros de los militares.



Habían pasado tres años desde que Tamryn había regresado a Ishban. Ahora vivía con un anciano en una pequeña casa del pueblo de Urvan, al que todavía la guerra no había devastado. Allí pasaba los días atendiendo a los soldados que llegaban heridos. Un día, Tamryn fue testigo de una masacre que la conmovió como nunca antes en su vida. Habían traído desde Kildale a varios niños malheridos. Muchos de ellos venían con quemaduras y profundas heridas que ya no tenían solución, pero otros habían llegado muertos, con evidentes signos de violencia. El médico negaba con la cabeza mientras Tamryn permanecía quieta, aturrida. Entonces alguien, hundido en la desesperación, le cogió de la mano.

—Hermana... ayúdame...

Tamryn salió corriendo sin pensárselo dos veces. Con una mano se enjugaba las lágrimas que corrían por su rostro. Con la otra agarraba fuertemente el cuerno que siempre había llevado su corazón. Ahora más que nunca ardía en deseos de enfrentarse con todas sus fuerzas al ejército demoníaco. Cuando consiguió controlar el sollozo, alzó la vista al cielo y la figura de un demonio se le apareció, como riéndose de su osadía.





—No podré enfrentarme a vosotros sola, pero tengo un aliado mucho más poderoso que vosotros.

Tamryn ascendió a la colina de las oraciones, el lugar más próximo al camino que conduce a los dioses y a otros mundos.

—¡Ven, estés donde estés!

Cargada de emociones y pensamientos, Tamryn hizo sonar el cuerno.